

La
AUTORIDAD
DIVINA
de la
BIBLIA



Benjamin Keach
(1640-1704)

LA AUTORIDAD DIVINA DE LA BIBLIA

Contenido

Introducción.....	3
1. Contenidos sublimes.....	4
2. Antigüedad.....	5
3. Majestad y autoridad de estilo.....	8
4. Espíritu de santidad.....	10
5. Armonía de todas sus partes.....	12
6. Sinceridad de sus escritores.....	12
7. Exacto cumplimiento de las profecías.....	13
8. Confirmado por milagros.....	15
9. Preservación de las Escrituras.....	18
10. Triunfo sobre toda oposición.....	20
11. Poder sobre los corazones de los hombres.....	20
12. El testimonio de la iglesia y de los santos mártires.....	21
13. Reconocido por sus enemigos.....	23
14. Un sentido general de religión.....	25
15. No de hombres ni de demonios.....	26
16. La furia de Satanás contra ella.....	27
17. Objeciones respondidas.....	27
18. El testimonio interno del Espíritu.....	31

Copyright © 2025 Chapel Library.

Traducido y editado por Jorge E. Castañeda.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

En todo el mundo, descargue nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno, desde nuestro sitio web en Internet o comuníquese con el distribuidor internacional que se indica allí para su país.

En Norteamérica, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales centrados en Cristo, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

LA AUTORIDAD DIVINA DE LA BIBLIA

Introducción

Siendo el propósito principal de esta obra¹ investigar y explicar el verdadero significado de las Santas Escrituras, será de ayuda... decir algo primero acerca de la autoridad divina de ese bendito libro. La Escritura es comúnmente reconocida por los cristianos como la Palabra de Dios; pero, por un lado, hay demasiados entre nosotros, especialmente en esta edad atea, cuyo amor por el pecado y propósito de continuar en él los tienta a buscar refugio en un audaz desprecio o en sutiles objeciones contra esos oráculos celestiales. Por otro lado, muchas pobres almas son sacudidas por tentaciones y no saben cómo librarse de frecuentes y engañosas preguntas acerca del origen divino y la autoridad de esos registros sagrados. Esto no proviene tanto de una oposición real a estas verdades, sino más bien de una débil comprensión de las razones para creerlas y del verdadero fundamento de esa fe. Por tanto, expondremos algunas consideraciones que prueban esta verdad tan importante. [Nuestro objetivo es] que, con plena seguridad acerca de nuestro bienestar presente y futuro, podamos confiar en ese libro como el depósito infalible de la verdad celestial, esa gran y única revelación por medio de la cual Dios instruye, gobierna y juzgará al mundo. Debido a que otros han escrito recientemente obras eruditas y excelentes sobre este tema, nosotros seremos más concisos; y aunque digamos poco, esperamos haber dicho lo suficiente para satisfacer a cualquier hombre reflexivo y responder a las vanas objeciones del adversario. A lo largo de este ensayo nos esforzamos por unir claridad con brevedad, y hablar de manera tan llana y familiar que la capacidad más débil pueda fácilmente captarlo. La negligencia de hablar claramente ha hecho que otros libros sobre el mismo tema sean de menor provecho para el lector sin instrucción. Nuestro propósito principal es ayudar y establecer al inexperto, y asistir a los

¹ El texto de este folleto apareció originalmente como el prefacio de *Tropologia: A Key to Open Scripture Metaphors* de Benjamín Keach (la "obra" a la que aquí se hace referencia).

cristianos débiles, sabiendo que si Satanás logra llevarlos a una desconfianza de la verdad y autoridad de la Palabra de Dios, al mismo tiempo sacude el mismo fundamento de toda su esperanza y religión. «Si fueren destruidos los fundamentos, ¿Qué ha de hacer el justo?» (Sal. 11:3).

1. Contenidos sublimes

Que la Escritura o libro llamado la Biblia es de origen divino, inspirado por el Espíritu de Dios, y por lo tanto de verdad y autoridad infalibles, se evidencia por los contenidos o materias reveladas y tratadas en ella. Estos son tan trascendentalmente sublimes y misteriosos que jamás pudieron ser producto de la invención o descubrimiento humano. Por lo tanto, aunque fueron escritos por hombres como instrumentos, necesariamente deben haber sido revelados desde lo alto.

¿Qué mente humana podría jamás haber imaginado una Trinidad en la Deidad (Mt. 28:19; 1 Jn. 5:7)? ¿O una existencia de una esencia simple como la que este libro nos da a conocer? Describe la persona de Cristo de manera tan clara, apropiada y excelente que, si la mente del hombre lo considera atentamente, debe reconocer que excede con mucho el alcance de un entendimiento finito. Nos revela la miseria y corrupción del hombre por naturaleza, junto con [los efectos universales de la caída sobre] toda la creación. Aunque algunos de los paganos tuvieron algún destello de esta corrupción y [de sus efectos], nunca pudieron descubrir la causa, ni cómo sucedió. Ningún intelecto finito pudo jamás haber penetrado en las alturas y profundidades de la naturaleza de Dios y de Sus eternos consejos: ese asombroso designio para la salvación de los hombres, que la segunda Persona descendiera del cielo y asumiera la naturaleza humana en unión con la divina, que tomara sobre Sí mismo en Su propia Persona el pecado de la humanidad, y muriera por el mundo, efectuando así una satisfacción proporcionada a la justicia infinita, de modo que Dios pudiera mostrar el acto supremo de misericordia en conjunción con el ejercicio más alto de justicia. Nada menos que un entendimiento infinito pudo haber hallado disposiciones para reconciliar esos dos atributos infinitos en Su trato con una criatura apóstata. Expone el pacto de gracia que Dios hizo después de la caída, todo lo cual no puede derivarse de otra fuente sino de la revelación divina (1 Co. 2:7; Ef. 3:4-5).

Contiene la ley de Dios, la cual es sabia y justa, siendo los mismos gentiles jueces de ello (Dn. 4:5-7). En sus preceptos resplandece su [origen divino]: 1. La excelencia sobresaliente del acto, requiriendo que nos neguemos a nosotros mismos en todas aquellas cosas a las cuales la naturaleza corrupta del hombre se adhiere y odia dejar. 2. La maravillosa

equidad que aparece en cada mandamiento. 3. Lo admirablemente extraño de algunos actos, que el hombre natural consideraría necedad, y sin embargo son prescritos como absolutamente necesarios, lo cual muestra su origen divino (Jn. 3:36; 8:24). 4. La manera en que se exige la obediencia: que proceda de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe no fingida (Dt. 6:5; 1 Co. 13:1; 1 Ti. 1:4-5). Echemos un vistazo a los diez mandamientos. ¿Acaso no son claros, breves, perfectos, justos, extendiéndose a todos, atando la conciencia y alcanzando hasta los mismos pensamientos? ¿Y no recomiendan todas estas cosas a nuestra consideración la justicia, la sabiduría, la santidad, la omnipotencia, la omnisciencia, la perfección y la absoluta soberanía del Legislador?

Es un libro que cubre toda la historia del mundo, pasada, presente y venidera. Su contenido alcanza hasta los primeros fundamentos de la tierra y los cielos, nos da un relato de las revelaciones de Dios al hombre desde su primera creación, y de los particulares de la interacción entre Dios y el mundo, por casi dos mil quinientos años antes de que existiera cualquier otro registro escrito. ¿Qué otro libro desde que el mundo comenzó siquiera pretendió hacer esto? Así como se estuvo escribiendo durante mil seiscientos años (pues ese fue el lapso desde Moisés hasta que Juan lo cerró con el Apocalipsis), de la misma manera los asuntos que trata son de la más excelente naturaleza y de la más alta importancia.

Este libro da al mundo un relato satisfactorio no solo de su origen, sino también de su fin. Da a conocer al hombre su verdadera felicidad suprema y un método asombroso y maravilloso de reconciliación con su Hacedor. Sus promesas son gloria eterna y coronas que nunca se marchitan. Sus preceptos son justicia perfecta (Gál. 3:10), y todos ellos tienden al mayor honor de Dios, a la felicidad del mismo hombre y a la serenidad del mundo. Amenaza con miserias sin fin. Su entera tendencia es hacia una perspectiva más allá de la tumba. ¿Qué pagano jamás siquiera soñó con la resurrección? ¿Quién, sino el Señor, pudo ser autor de tales leyes que solo pueden dar vida eterna e infligir muerte eterna? Estas cosas mueven la conciencia únicamente de aquellos que reconocen que sus preceptos son divinos. En una palabra, sus asuntos generales son misterios nunca oídos en ningún otro lugar, e inconcebibles, a menos que sean revelados en el libro. Ahora bien, considerando todo esto, ¿quién, sino la Sabiduría infinita, podría ser el autor de tan glorioso libro?

2. Antigüedad

Que la Biblia es inspirada por el Espíritu de Dios, y por lo tanto infalible, se evidencia por su antigüedad. Los libros de Moisés, en los cuales está

comprendida en promesas, profecías, tipos y sombras la suma y sustancia de todo el resto de la Biblia, fueron los primeros escritos en el mundo, después de aquellos por el dedo de Dios en el monte Sinaí. Esto está plenamente probado por Justino Mártir², un escritor antiguo que vivió dentro de ciento treinta años después de Cristo, en su *Exhortación a los Griegos*³. Él comparó los tiempos de todos los escritores humanos, poetas, filósofos, historiadores y legisladores que eran estimados como los más antiguos, y demostró que todos ellos fueron posteriores a Moisés. También Eusebio⁴, que siguió a Justino Mártir con una distancia de alrededor de doscientos años, en el segundo y tercer libro de su Preparación evangélica, esgrime el mismo argumento, y a partir de una abundancia de testimonios y confesiones de los mejores y más auténticos autores paganos, prueba de manera irrefutable que Moisés fue el más antiguo de todos los escritores que eran conocidos o nombrados entre ellos. Y Tertuliano tan confiadamente reprocha a los gentiles en este asunto, que creemos apropiado citar sus palabras en el capítulo 19 de su Apología.

Hablando a los gentiles, él dice:

Nuestra religión sobrepasa con mucho todo lo que ustedes pueden gloriarse en esa clase de cosas: pues los libros de uno solo de nuestros profetas, a saber, Moisés, en los cuales parece que Dios ha encerrado, como en un tesoro, toda la religión cristiana, precediendo tantos siglos juntos, alcanzan más allá de los más antiguos que ustedes poseen: incluso todos sus monumentos públicos, la antigüedad de sus orígenes, los establecimientos de sus estados, los fundamentos de sus ciudades, todo lo que ustedes más han adelantado en todas las edades en historia y memoria de los tiempos: incluso la invención de los caracteres, que son intérpretes de las ciencias y guardianes de todas las cosas excelentes. Creo que puedo decir aún más: son más antiguos que sus mismos dioses, sus templos, oráculos y sacrificios.

¿Acaso no han oído mencionar a aquel gran profeta, Moisés? Él fue contemporáneo de Ínaco⁵, y precedió a Dánao⁶ (el más antiguo de todos los que tienen un nombre en sus historias) por 393 años. Vivió algunos cientos de años antes de la ruina de Troya. [Y Homero, el

² **Justino Mártir** (c. 100-c. 165) – primer apologista y filósofo cristiano.

³ *Exhortación a los Griegos* es un documento cristiano griego temprano, antes atribuido a Justino Mártir, pero más recientemente atribuido a otros posibles autores.

⁴ **Eusebio** (c. 260-339) – historiador griego del cristianismo, exegeta y polemista cristiano.

⁵ **Ínaco** – primer rey de Argos.

⁶ **Dánao** – rey de Libia.

más antiguo escritor entre los griegos, vivió, como dice Plinio, 250 años después de la destrucción de esa ciudad.] Cada uno de los demás profetas sucedió a Moisés, y aun así el último de ellos fue de la misma época que sus principales sabios, legisladores e historiadores.

Así que es indiscutible que, en cuanto a antigüedad, ni los escritos de Orfeo⁷, ni de Homero⁸, ni de Trismegisto⁹, ni de Pitágoras¹⁰, ni de Beroso¹¹, ni de ningún otro, pueden compararse con el Pentateuco. Estas canas muestran que las Escrituras son la descendencia del Anciano de Días; porque la verdad es siempre la primogénita.

Consideren cuán bajas, cuán pobres¹² e imperfectas eran todas las invenciones humanas en esos tiempos; y qué concepciones necias, irracionales y absurdas tenían tanto los egipcios como los griegos — naciones más celebradas por su sabiduría— acerca de las cosas divinas y del deber y la felicidad del hombre. Debemos concluir que un relato tan claro del principio del mundo, de su depravación, de su destrucción por el Diluvio y de su repoblación; una ley y doctrina tan excelentes, tanto respecto a Dios como al hombre, etc., no pudo ser de extracción humana, sino que necesariamente debe ser en verdad lo que afirma ser: una revelación divina. Además, ¿quién puede creer que la primera religión fue la peor, o que las nociones más tempranas de Dios fueron las más falsas? Si así fuera, y la Biblia no fuera un libro divino, sino compuesto por impostores, entonces se sigue que el relato más primitivo que tenemos de la religión es falso; ¡que el diablo levantó su capilla antes que Dios edificara Su iglesia! Que en las noticias más antiguas que tenemos de Dios, del origen del mundo, de la caída del hombre y del camino de su restauración, el mundo fue engañado y burlado. Y que Dios permitió al diablo, en primer lugar (y sin que hubiera nada públicamente existente de parte de Él, ni antes ni después, que lo contradijera), que en Su nombre y bajo pretexto de Su autoridad engañara y desviara a la humanidad con un relato falso de todas aquellas cosas que más les importaba conocer, y de cuyo recto conocimiento depende su

⁷ **Orfeo** – bardo tracio, músico legendario y profeta.

⁸ **Homero (nacido c. siglo VIII a. C.)** – poeta griego acreditado como autor de *La Ilíada* y *La Odisea*.

⁹ **Hermes Trismegisto** – figura helenística legendaria que se originó como una combinación sincrética del dios griego Hermes y el dios egipcio Thot.

¹⁰ **Pitágoras de Samos (c. 570-c. 495 a. C.)** – filósofo jónico griego antiguo y epónimo fundador del pitagorismo.

¹¹ **Beroso (fl. siglo III a. C.)** – escritor babilonio de la era helenística, sacerdote de Bel-Marduk y astrónomo.

¹² **pobres** – común; ordinario.

felicidad presente y futura. ¡Todo esto es indigno de Dios e inconsistente con la razón! Por el contrario, es lo más racional creer que las revelaciones de Dios fueron tan tempranas como las necesidades del hombre; y que la Biblia no solo es el libro más antiguo y sabio del mundo, sino también el más verdadero, y que procede del Dios de verdad.

3. Majestad y autoridad de estilo

Esta descendencia real o divinidad de las Escrituras aparece además en aquella majestad y autoridad con que habla en ellas el Espíritu de Dios, y en ese estilo extraordinario e inimitable en que están escritas. Como se dice de nuestro bendito Señor: «Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mt. 7:29), así las Escrituras enseñan con una autoridad que infunde temor reverente. El estilo de la Sagrada Escritura es único y tiene propiedades peculiares que no se hallan en ninguna otra parte; su simplicidad está unida con majestad, mandando la veneración de todos los hombres serios. Agustín dice que las Santas Escrituras le parecieron toscas y sin pulimento en comparación con el estilo adornado de Cicerón, porque entonces no entendía su hermosura¹³ interior. Pero cuando se convirtió al cristianismo, declaró que, cuando las entendió, ningún escrito le pareció más sabio y elocuente¹⁴. Gregorio Nacianceno¹⁵, varón de ingenio, erudición y elocuencia excepcionales, cuando llegó a estudiar las Sagradas Escrituras, vilipendió todos los ornamentos de la literatura entre los filósofos griegos como infinitamente inferiores a esos oráculos divinos¹⁶. Ilírico dice que —aunque no encontramos en la Santa Escritura esa ociosa o delicada comezón de palabras, esa dulzura externa o atractivo, esa variedad de sonidos o esas frívolas galanterías con que los oradores vanagloriosos de Grecia y Roma embellecían sus famosos discursos—, sin embargo, allí hallamos una elocuencia grave y varonil, que excede a todas las demás. ¿Y pensaremos acaso que el gran Dios usaría inducciones¹⁷ como Platón¹⁸?

¹³ Agustín, *Confesiones*, Libro 3, Capítulo 5.

¹⁴ Agustín, *Sobre la doctrina cristiana*, Libro 4, Capítulo 6.

¹⁵ **Gregorio Nacianceno (c. 329-390)** – arzobispo de Constantinopla en el siglo IV y teólogo.

¹⁶ **Budaeus**, *De asse, et partibus ejus*, Libro 5, p. 754.

¹⁷ **inducción** – en lógica y retórica, el acto de extraer una consecuencia a partir de dos o más proposiciones, llamadas premisas.

¹⁸ **Platón (c. 428-c. 348 a. C.)** – filósofo griego antiguo nacido en Atenas durante el período clásico de la Antigua Grecia.

¿Silogismos¹⁹ como Aristóteles²⁰? ¿Elencos²¹ como Carnéades²²? ¿Epifonemas²³ como Cicerón²⁴? ¿Sutilezas como Séneca²⁵? ¿O palabras traídas de lejos, unidas con una sintaxis artificial relativa al peso, número y sonido? Si un edicto real fuese publicado en tal estilo de discurso, compuesto de necedades escolásticas, todo hombre sabio se burlaría de ello. Cuanto más llana, entonces, sea la palabra y la ley del gran Dios, tanto más, decimos, conviene al Autor de ella, y es evidencia de Su sello y autoridad divina. Y sin embargo, en esa humildad de estilo en la Escritura, hay mucho más altura y grandeza, y más profundidad en su simplicidad, más hermosura en su desnudez, y más vigor y agudeza en su aparente rudeza, que en aquellas otras cosas que los hombres tanto alaban y admiran. La facilidad y la llaneza convienen a la mejor verdad. Una perla no necesita pintura. Está por debajo de la majestad de un príncipe el jugar al orador. En la Santa Escritura hay una elocuencia peculiar y admirable. ¿Qué son todas las elaboradas lisonjas de los escritores humanos comparadas con aquella grave, viva y venerable majestad del estilo del profeta Isaías, como lo muestra el exordio²⁶ de su profecía, también en los capítulos 25, 26, etc.? Aquello que los críticos admiran en Homero, Píndaro²⁷, etc., individualmente, se halla universalmente aquí, aunque no con esa elegancia que halaga el oído y la fantasía y que deleita la carne, sino con la parte noble e inmortal: un alma iluminada. Aquí se dan mandamientos y se exige sumisión perentoriamente con gran severidad y sin otro argumento más fuerte que la voluntad del Legislador. Se hacen promesas por encima de lo verosímil. No se alega otra razón para asegurar que la promesa será cumplida, sino: «Yo Jehová he hablado» (Is. 51:22; 52:4). Y para alentar contra las dificultades, se promete la asistencia divina, tanto necesaria como suficiente, en la manera de sus amenazas (Gn. 17:1; Éx. 12; Jos. 1:9). Asimismo, la divinidad del estilo puede observarse en que, sin acepción de personas, se dirige a todos los grados de los hombres, altos y bajos, ricos y pobres, nobles e innobles, reyes y campesinos, mandando lo que es

¹⁹ **silogismos** – argumentos compuestos de tres proposiciones, de las cuales las dos primeras se llaman premisas y la última, conclusión.

²⁰ **Aristóteles (384-322 a. C.)** – filósofo griego antiguo y polímata.

²¹ **elencos** – argumentos engañosos bajo apariencia de verdad.

²² **Carnéades (c. 214-129 a. C.)** – filósofo griego y quizás el más prominente jefe de la Academia escéptica en la antigua Grecia.

²³ **epifonema** – exclamación en oratoria.

²⁴ **Cicerón (106-43 a. C.)** – estadista, abogado, erudito, filósofo y escéptico académico romano.

²⁵ **Séneca el Joven (c. 4 a. C.-65 d. C.)** – filósofo estoico de la Antigua Roma, estadista, dramaturgo y satírico.

²⁶ **exordio** – prefacio; introducción.

²⁷ **Píndaro (c. 518-c. 438 a. C.)** – poeta lírico griego antiguo de Tebas.

desagradable a sus naturalezas y prohibiendo lo que ellos aprueban. No promete honores terrenales, sino la vida eterna. No amenaza con potros ni horcas²⁸, sino con dolor y tormento eterno en el fuego del infierno.

De entre todos los escritos del mundo, ninguno se atribuye tanto a sí mismo como las Sagradas Escrituras. Nos dicen que son «palabras de vida eterna» (Jn. 6:68); que son, por inspiración del Espíritu Santo, el testimonio de Jesucristo, el testigo fiel; que juzgarán al mundo; que son poderosas para hacernos sabios para salvación (2 Ti. 3:16; Ap. 3:14); que son la semilla inmortal de la cual deben ser engendrados los hijos e hijas de Dios (1 P. 1:23). Su terror es: «Así dice Jehová»; y ninguna conclusión excepto: «Jehová ha hablado; oíd la palabra de Jehová; el que tiene oídos para oír, oiga» (Éx. 20:1-2).

La naturaleza, cualidad o composición del estilo, decimos, es enfáticamente diferente de la de todos los escritos humanos. Aquí no hay defensas, pidiendo perdón al lector, ni insinuaciones en su buena opinión por medio de artificios retóricos, sino una llaneza majestuosa y una simplicidad misteriosa. «Lo cual también hablamos» —dice el apóstol en 1 Corintios 2:13—, «no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu Santo... acomodando (o más bien, ajustando o apropiando, *sugkrínontes*) lo espiritual a lo espiritual» —pues solamente así está expresado en el original: *pneumatiká pneumatikois*. Es decir, materias o cosas que por su naturaleza y sustancia son espirituales, con palabras o frases que también son espirituales y apropiadas a ellas. De aquí, dice Agustín: “La Escritura habla de tal manera que, con su altura, se burla de los hombres orgullosos y altivos de espíritu; con su profundidad, aterra a los que la miran con atención; con su verdad, alimenta a los hombres de mayor conocimiento y entendimiento; y con su dulzura, nutre a los niños y a los que maman”.

4. Espíritu de santidad

Ese excelente espíritu de santidad, que por todas partes respira en y desde las Escrituras, es otra clara señal de la mano de Dios en su formación. A esta santidad los hombres son poderosamente persuadidos por medio de mandamientos expresos: «Seréis, pues, santos, porque yo soy santo» (Lv. 11:44). «Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir» (1 P. 1:15). Y por medio de amenazas: «Sin [santidad] nadie verá al Señor» (Hb. 12:14). Y por medio de multitud de

²⁸ **potro** – dispositivo para castigar criminales estirando sus cuerpos; **horca** – patíbulo para colgar a un criminal para su ejecución o para exhibición pública después de la ejecución.

ejemplos de hombres santos, como Abraham, David, y todos los profetas y apóstoles, y especialmente de aquel immaculado Cordero de Dios, el bienaventurado Jesús. Por otro lado, nos pone delante la espantosa venganza que acompaña toda profanidad, injusticia, impureza, soberbia y concupiscencias mundanas. No solo requiere abstenerse de los actos externos y groseros del pecado, sino que escudriña el corazón y condena los mismos pensamientos e inclinaciones: «Cualquiera que aborrece a su hermano, es homicida» (1 Jn. 3:15). «El que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón» (Mt. 5:28). La doctrina enseñada en todo este libro es directamente opuesta al mundo de los hombres disolutos y malvados. Destruye toda impiedad y doctrinas y prácticas corruptas. Arruina y destruye por completo los intereses del diablo en el mundo. Esta doctrina muestra la más alta tendencia hacia los dos grandes fines de toda religión: el honor de Dios y la felicidad presente y futura del hombre. ¡Qué líneas tan pobres, torcidas e imperfectas han trazado los más sabios y mejores de los hombres —como Sócrates, Platón, Aristóteles, Tulio²⁹, Séneca, Plutarco³⁰, u otros— en sus más bellos documentos, tanto morales como divinos, en comparación con esta regla completa y trascendente de vida santa! ¡Qué religión sin mancha, qué culto puro y espiritual se encuentra aquí! ¡Qué adecuado a la naturaleza santa de Dios! ¡Qué piedad y virtud superlativas, sin mancha alguna de vicio! ¡Qué puntual y perpetua verdad y honradez se exige aquí, y sin la menor contaminación de medios viles o fines indignos y sórdidos! ¡Nada de vanagloria! ¡Nada de estimación humana! ¡Ninguna ventaja corrupta! Por el contrario, ¡qué caridad se requiere aquí! ¡Qué mandamientos repetidos de no ofender a los débiles! ¡Qué perdón mutuo! ¡Qué provocaciones al amor! ¡Con cuánta paciencia y mansedumbre, justicia y modestia, se nos enseña a comportarnos! En una palabra, es una doctrina que hace perfecto al hombre, enteramente preparado para toda buena obra. Conduce a los hombres al mejor modo de vivir, a la manera más noble de sufrir y al camino más consolador de morir. Ahora bien, ¿no deben tales corrientes puras fluir de la Fuente de toda perfección? ¿Se ve acaso un avance tan serio y eficaz de la santidad en el mundo como algo tramado por el hombre contaminado o por algún espíritu inmundo? ¿Cómo podemos juzgar mejor de una ley que declara proceder de Dios y ser de obligación divina, sino por su naturaleza, tendencia e influencia en la vida humana? ¿Siendo adecuada a tales pretensiones y a un original tan adorable e immaculado? Y cuando hallamos un designio tan santo y excelente como el que aparece en todo este libro,

²⁹ **Tulio** – otro nombre de Cicerón.

³⁰ **Plutarco (c. 46-119 d. C.)** – filósofo platonista medio griego, historiador, biógrafo, ensayista y sacerdote.

para el honor de Dios y la consumación de la felicidad de los hombres, por medios tan convenientes, y sin embargo, por encima del alcance de la invención humana, ¿qué podemos juzgar, a menos que seamos obstinadamente perversos, sino que el testimonio que este libro da de sí mismo es verdadero, y que en verdad es de Dios, y no de los hombres?

5. Armonía de todas sus partes

Hallamos un dulce y admirable acuerdo, consentimiento, dependencia y armonía en todas y cada una de las partes de la Escritura. Hay tantos libros en ella escritos por tantas personas diferentes, de varias condiciones, separadas unas de otras por muchos años, en diversos lugares y en diferentes lenguas, y sin embargo, todos concuerdan entre sí, y cada parte con el todo. [Esta unidad] no pudo ser prevista ni dispuesta por ninguna sabiduría o astucia humana en la redacción de cualquiera de sus partes. Todas las historias, profecías, promesas, tipos y doctrinas tienden a promover lo mismo en una conexión ordenada. Cada época es un nuevo intérprete y nos revela más y más de esta admirable unidad, que no pudo ser el resultado de habilidad humana ni de otra causa que una comprensión y previsión infinitas. Los diversos escritores de este libro fueron en todos los tiempos guiados en lo que escribieron por la suprema sabiduría de ese único Dios que nunca cambia, quien es «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hb. 13:8).

6. Sinceridad de sus escritores

[Que las Escrituras son la Palabra de Dios] aparece además por la credibilidad y sinceridad de sus escritores. Si las Escrituras no fueran lo que afirman ser, la Palabra de Dios, y no hubieran sido dictadas a sus escritores por Su Espíritu Santo, serían la mayor ofensa a la Majestad Divina y el peor fraude contra la humanidad que jamás se hubiera impuesto al mundo.

Pero si consideramos a sus escritores, hallaremos que todos ellos son de indudable crédito, generalmente estimados como hombres santos y buenos en las edades en que vivieron, de modo que no hay razón alguna para sospechar impostura. Algunos de ellos fueron reyes de gran erudición, no propensos a ser culpables de una bajeza tan mezquina como la mentira y la falsedad. Muchos de los profetas y la mayoría de los apóstoles fueron hombres iletrados, de talentos y educación tan modestos que por sí mismos parecen incapaces de escribir con tanta profundidad o de trazar un plan tan ingenioso para engañar al mundo. Es increíble que tantos hombres, de tiempos, cualidades y capacidades tan distantes, todos concordaran en la misma decepción y armonizaran de tal modo en promoverla. Tampoco pudo

ningún interés o ambición impulsarlos a ello, porque la tendencia principal de este libro es mortificar las ambiciones y pasiones de los hombres. Y la mayoría de ellos se expusieron a grandes peligros y persecuciones por publicar estos escritos. Ni fueron tímidos en registrar las grandes faltas e imperfecciones de sí mismos y de sus hermanos. Moisés relata su propia incredulidad y su renuencia a someterse al llamamiento extraordinario de Dios (Éx. 3). En otro lugar, registra la vergüenza de su desconfianza, o al menos la carnalidad de su concepción o baja estimación del poder de Dios (Nm. 11:21). Nuevamente, inserta la dura sentencia de Dios, y la razón de ella, contra sí mismo (Nm. 20:12). El mismo Moisés no estableció a ninguno de sus descendientes para sucederle en la guía de Israel, sino que dejó a Josué como su sucesor, y colocó la superioridad real sobre ese pueblo en otra tribu distinta de la suya, la tribu de Judá. De hecho, en todo el libro hay una visible antipatía hacia toda adulación interesada o complacencia. Solo Dios es exaltado, y las personas, acciones y reputaciones de todos los hombres son abatidas hasta el polvo en respuesta a Su honor y a las verdades allí entregadas. Además, estos mismos escritores aparecen sometidos a la doctrina que enseñaron, y de ninguna manera señores de ella, como [si fuera] suya propia. Todo esto muestra claramente que fueron inspirados desde lo alto y no escribieron sus propias palabras, ni para su propia gloria, sino como inspirados, y para la gloria de Dios.

7. Exacto cumplimiento de las profecías

Otra demostración o prueba de que las Escrituras proceden de Dios es el exacto y puntual cumplimiento de las profecías contenidas en ellas. Predecir eventos es prerrogativa de Dios. «Traigan, y anúnciennos lo que ha de acontecer; muéstrénnos lo que ha de venir después, para que sepamos que vosotros sois dioses» (Is. 41:22-23), dice Dios, el Señor, razonando con Su pueblo acerca de la vanidad de los ídolos. Ahora bien, el cuerpo mismo de las Escrituras está vivificado con el Espíritu de profecía, casi de principio a fin.

Moisés registró la profecía de Jacob de que «no será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos» (Gn. 49:10). Esto no fue cumplido por completo hasta cerca de dos mil años después, aunque fue confirmado durante gran parte de ese tiempo con la entrada de la tribu de Judá en el gobierno con el rey David, hasta su salida de nuevo en la persona de Hircano³¹, a quien Herodes mató, como testifica Josefo. Pero cuando llegó el tiempo señalado,

³¹ **Juan Hircano II (murió en el 30 a. C.)** – miembro de la dinastía asmonea y sumo sacerdote judío en el siglo I a. C.

la profecía misma fue cumplida puntualmente. Cuando Herodes, un extranjero de otra nación, eliminó la casa y la línea de Judá del gobierno de Judea, entonces y en ese mismo tiempo vino al mundo Siloh, el tan esperado Mesías, nuestro Señor Cristo. Los rabinos judíos no niegan que *Siloh* significa el Mesías. Ahora bien, en el tiempo en que Jacob pronunció estas palabras, había muy poca probabilidad de que *alguno* de sus descendientes tuviera un cetro o algún poder real. Eran pobres, pocos y estaban en tierra extraña. Aun si prosperaban hasta convertirse en un reino o nación, ¿por qué razón habría de tener Judá el gobierno? Había tres hermanos mayores que él: Rubén, Simeón y Leví. Tampoco había probabilidad de que esta profecía se cumpliera cuando Moisés la consignó por escrito. En ese tiempo, él mismo —que era de la tribu de Leví— estaba en la posesión real del gobierno, y puesto allí por Dios mismo. Para su sucesor, Moisés designó a Josué, de la tribu de Efraín, y no de la tribu de Judá. De todo esto tenemos una notable evidencia de la verdad y sinceridad de esta predicción. Si Jacob no la hubiera realmente pronunciado, no podemos imaginar que Moisés hubiera consignado tal profecía por escrito en detrimento de su propia tribu.

¡Con cuánta exactitud están descritos los cuatro grandes imperios del mundo por Daniel! (cf. Dn. 7:3). Tan reales, como si él hubiese vivido bajo ellos y los hubiese experimentado todos en orden, tal como el mundo lo vio después.

¡Qué maravillosa es aquella profecía de Isaías (caps. 44 y 45) acerca de Ciro, pronunciada por lo menos cien años —algunos dicen doscientos— antes de que naciera! No solo es nombrado expresamente: «Así dice Jehová a su ungido, a Ciro», sino que se predice que conquistaría Babilonia y reedificaría el templo de Jerusalén, lo cual aconteció exactamente. Ni puede sospecharse que esta profecía fuera una falsificación... ya que fue pronunciada abiertamente, como las demás profecías, en oídos de todo el pueblo, y así entregada en muchas manos antes del cautiverio, y luego también llevada a Babilonia, donde sin duda fue consultada por muchos, mucho antes de su cumplimiento. Y que hubo tal hombre como Ciro, muchos años después, quien conquistó Babilonia, restauró a los judíos de su cautiverio y promovió la edificación del templo, lo afirman todos los autores paganos que escriben de ese período. De hecho, uno de los grandes motivos de su bondad hacia los judíos fue que entendió cómo sus éxitos habían sido así profetizados mucho tiempo antes por uno de esa nación. Así aparece que dicha profecía era entonces públicamente conocida, y su verdad y autenticidad no estaban en duda.

¡Qué claramente son cumplidas las muchas profecías del Antiguo Testamento concernientes a nuestro Salvador! Y cuán espantosa fue la confirmación de Su profecía acerca de la destrucción de Jerusalén,

acontecida unos cuarenta años después de Su crucifixión. La hallamos en la historia de Josefo, correspondiendo exactamente a lo predicho en Mateo 24. Y cuántas otras profecías del Nuevo Testamento, y especialmente del Apocalipsis, hallamos verificadas cada día en y por la apostasía y las usurpaciones impías de la iglesia de Roma.

Predecir tan claramente particularidades y eventos tan remotos, que dependen de los meros movimientos y actos de la voluntad de personas futuras, es una señal evidente de omnisciencia. Por lo tanto, estamos obligados a concluir que las Escrituras, que están llenas de tantas predicciones evidentes y ciertas, ciertamente deben proceder del dedo de Dios.

8. Confirmado por milagros

Aquellos escritos y aquella doctrina que fueron confirmados por muchos y verdaderos milagros deben ser de Dios. Y los libros y doctrinas de las Escrituras canónicas fueron así confirmados. El Señor obró abiertamente muchas y grandes maravillas, tales que ni el mismo Satanás puede imitar, tales que exceden el poder de cualquiera —sí, de todas— las criaturas del mundo. Los enemigos más maliciosos no pudieron negar que [estas maravillas] eran divinas. Él obró [estas maravillas] por las manos de Moisés y los profetas, de Cristo y Sus apóstoles, para la confirmación de esta verdad (Nm. 11:9; Éx. 19:16; 1 Ry. 17:24; Mr. 16:20; Hch. 5:12). Estos milagros fueron registrados y atestiguados por testigos oculares y auriculares de crédito incuestionable. Lo hecho eran hechos visibles, fáciles de discernir, como resucitar a los muertos, dar vista a los ciegos, etc. No se hicieron una o dos veces, sino muy a menudo; no de noche, ni en un rincón, sino a plena luz, en medio del pueblo, en presencia de grandes multitudes, que en su mayoría eran enemigos de aquellos que realizaban los milagros. Si el registro de ellos hubiera sido falso, lo habrían refutado enseguida; o si hubiera habido algún engaño, lo habrían detectado pronto.

“Cuando Dios pone de manifiesto Su poder milagroso, en la confirmación de alguna palabra o doctrina, la avala como procedente de Él mismo, como absolutamente e infaliblemente verdadera; poniendo en ella el sello más pleno y abierto, el cual los hombres —que no pueden discernir Su esencia o ser— son capaces de recibir o discernir. Y por lo tanto, cuando alguna doctrina, que en sí misma es conforme a la santidad y justicia de Dios, es confirmada por la emanación de Su poder divino al obrar milagros,

no puede darse mayor seguridad, ni aun por el mismo Dios, para confirmar la verdad de ella”³².

Y así como tenemos el testimonio de los evangelistas para confirmar los muchos milagros que Jesús hizo, también apelamos a la notoriedad de esos milagros obrados por Él y a las tradiciones que nos los transmiten. Fueron obrados abiertamente, y “fueron todos, o la mayoría de ellos, realizados ante los ojos de multitudes que lo envidiaban, odiaban y perseguían, y esto en los días más ilustrados del mundo, cuando la razón y la erudición habían perfeccionado la luz de la mente humana hasta lo máximo de su capacidad; en y ante multitudes, por varios años seguidos, siendo todos ellos examinados por Sus adversarios, para ver si podían descubrir algún engaño en ellos”³³.

Además, ni siquiera los mismos enemigos tuvieron la osadía de negar hechos tan bien atestiguados como los milagros de nuestro Salvador. Solo los atribuyeron a otras causas.

Aun hasta hoy, los judíos reconocen gran parte de las obras de Cristo, pero blasfemamente las atribuyen al poder del diablo, o a la fuerza del nombre de Dios cosido en Su muslo, entre otras historias igualmente ridículas.

Aun los turcos³⁴ confiesan gran parte de los milagros de nuestro Señor y creen que Él fue un gran profeta, aunque sean enemigos declarados del nombre cristiano. Ni todos los adversarios de estos milagros y de sus registros, con todos sus argumentos o violencia, pudieron impedir que miles creyeran en ellos, e incluso expusieran sus vidas por esa creencia, en el mismo tiempo y país donde fueron realizados. De modo que debemos decir: o fueron milagros, o no lo fueron. Si lo fueron, ¿por qué no creéis? Si no lo fueron, ¡he aquí el mayor de todos los milagros! Que tantos miles (incluso de los mismos testigos presenciales) fueran tan ciegos como para creer cosas que nunca sucedieron, especialmente en los mismos tiempos en que habría sido lo más fácil del mundo refutar tales falsedades. De hecho, los milagros de Jesús y de Sus discípulos y siervos, en los primeros tiempos, fueron tantos, tan eminentes, tan visibles, y duraron tanto (pues continuaron en la iglesia por doscientos o trescientos años), y el relato de ellos nos ha descendido por una tradición tan constante, ininterrumpida, escrita y no escrita, que apenas algún hombre ha tenido la impudencia suficiente para

³² John Owen, *An Exposition of the Epistles to the Hebrews with Preliminary Exercitations en The Works of John Owen*, vol. 10, ed. William Goold (Filadelfia: The Leighton Publications, 1869), 411.

³³ Owen, 413.

³⁴ **Turcos** – musulmanes.

contradecirlos. Ireneo³⁵ (que vivió hacia el año 200 de nuestro Señor) afirma que en su tiempo el obrar milagros, resucitar muertos, echar fuera demonios, sanar enfermos con solo la imposición de manos y profetizar seguían aún en vigor; y que algunos de los que fueron así resucitados de los muertos permanecieron vivos entre ellos mucho tiempo después. Y Cipriano³⁶ y Tertuliano³⁷ mencionan la expulsión ordinaria de demonios y desafían a los paganos a venir y verlo. Notables son aquellas palabras del último: “Que cualquiera sea traído ante vuestros tribunales, que esté evidentemente poseído por un demonio; ese espíritu, al serle ordenado por cualquier cristiano, confesará de verdad ser un demonio, así como en otros momentos se jacta de ser un dios”³⁸. Y en su libro a Escápula, el procónsul de África, capítulo 4, repite varias curaciones milagrosas hechas por cristianos: “¿Cuántas personas de buena posición y estima” —dice— “pues no hablamos de la gente vulgar, han sido libradas sea de demonios, sea de enfermedades?”. El mismo Severo, padre de Antonino, fue sanado por cristianos, etc. [Todo esto demuestra] que aquí tenemos la mejor doctrina bajo la más alta atestación, con Dios mismo poniendo en ella Sus sellos sobrenaturales para convencernos de su verdad. Y este fue el gran argumento con el cual Cristo convenció al mundo continuamente: porque al comenzar Sus milagros, en Caná de Galilea, Él «manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en Él» (Jn. 2:11). Por eso los judíos demandaban señales, como aquello que debía confirmar cualquier nueva revelación que fuera de Dios (Jn. 2:18). Y aunque Cristo los reprende por sus expectativas insensatas e insatisfechas en esto, y no quiso complacerlos en cada particular, sin embargo, continuó dándoles milagros tan grandes como deseaban. Los que vieron el milagro de los panes dijeron: «Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo» (Jn. 6:14). «Muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía» (cf. Jn. 2:23; 10:41; Hch. 4:16; Hb. 2:4). «Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado» por no creer (cf. Jn. 15:24). Y el modo de traer a los hombres a la fe en esos días está expresado en Hebreos 2:3-4: «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron [allí está la evidencia de los sentidos para los primeros receptores, y su tradición para los siguientes]; testificando Dios

³⁵ Ireneo (c. 130-c. 202 d. C.) – obispo griego conocido por su papel en guiar y expandir comunidades cristianas en las regiones del sur de la actual Francia.

³⁶ Cipriano (c. 210-258 d. C.) – obispo de Cartago y escritor cristiano primitivo.

³⁷ Tertuliano (c. 155-c. 220 d. C.) – prolífico autor cristiano primitivo de Cartago, África.

³⁸ Tertuliano, *Apología*, capítulo 31.

juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros». Concluamos este argumento con la pregunta punzante de aquel ciego: «¿Puede acaso un hombre pecador hacer estas señales?» (Jn. 9:16). La razón natural nos muestra que Dios es el verdadero y misericordioso Gobernador del mundo; por lo tanto, el curso de la naturaleza no puede ser alterado sino por Su designación especial. Él nunca pondrá el sello de Su omnipotencia sobre una mentira, ni permitirá que el último y mayor motivo de fe sea usado para inducir a los hombres a abrazar falsedades y engaños.

9. Preservación de las Escrituras

A estos asombrosos milagros podemos añadir con propiedad la preservación de estos escritos sagrados por tantos siglos. Esto también es poco menos que milagroso, y constituye un gran argumento de que estos escritos pertenecen a Dios como su Autor y Padre. Cuando Dios ha ejercido un cuidado particular por este libro, es razonable atribuirlo a Dios, como un libro de Su propia inspiración. Si la Biblia no fuera lo que afirma ser, habría sido conforme a la naturaleza de Dios, y propio de la providencia divina, que la Biblia hubiese sido borrada del mundo hace mucho tiempo. ¿Por qué habría de permitir Él que un libro continuara desde el principio de los tiempos, pretendiendo falsamente Su nombre y autoridad? Los Escolásticos se lamentan de que el tiempo haya devorado las obras de muchos autores excelentes. Lloran la pérdida de algunas de las Décadas de Livio³⁹ y de otros libros selectos que ahora no se encuentran en ninguna parte. De hecho, aunque los romanos fueron tan cuidadosos en la preservación de los libros de las Sibilas⁴⁰, que los guardaron bajo llave y designaron oficiales especiales para vigilarlos, aun así, perecieron hace muchos siglos, y solo unos pocos fragmentos quedan.

En cambio, la Biblia ha mantenido en alto su cabeza. Parte de ella fue el primer libro del mundo (como probamos en el segundo argumento), y el arte de Satanás y la furia de los hombres se han combinado una y otra vez para suprimirla totalmente. Y sin embargo, permanece, no solo existente, sino completa y entera, sin la menor mutilación o corrupción. Antíoco Epífanes⁴¹, cuando erigió la abominación desoladora en el templo judío, en los días de los Macabeos⁴², con la mayor diligencia buscó copias de la ley. Dondequiera que la hallaba, inmediatamente la quemaba o destruía.

³⁹ **Livio (59 a. C.-17 d. C.)** – historiador romano.

⁴⁰ **Sibilas** – profetisas u oráculos en la Antigua Grecia.

⁴¹ **Antíoco Epífanes (c. 215-164 a. C.)** – rey helenístico griego que gobernó el Imperio seléucida desde 175 a. C. hasta su muerte.

⁴² **Macabeos** – grupo de guerreros judíos rebeldes que tomaron el control de Judea.

Amenazó con la muerte y horribles tormentos a cualquiera que la escondiera o retuviera. De la misma manera, hacia el año 300 después de Cristo, el tirano Diocleciano⁴³ tuvo plenamente la intención de arrancar al cristianismo para siempre del mundo. Publicó un edicto de que las Escrituras debían ser en todas partes quemadas y destruidas, y que cualquiera que osara conservarlas sería severísimamente atormentado. Y sin embargo, Dios no permitió que apagarán la luz de estas leyes divinas. Más aún, más de doscientos años antes de la encarnación de Cristo, el Antiguo Testamento fue traducido al griego, la lengua más floreciente y difundida en ese tiempo en el mundo. Unos treinta años antes de Cristo fue parafraseado al caldeo. Y al día de hoy, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento existen, no solo en sus lenguas originales, sino en la mayoría de las demás lenguas y dialectos hablados sobre la faz de la tierra, lo cual ningún otro libro puede pretender. De modo que todos los esfuerzos que desde el principio se han dirigido contra él han sido vencidos. Notables juicios y venganzas se han mostrado sobre los más violentos opresores de él.

Además, aquellos a quienes las Escrituras fueron confiadas exteriormente, primero a los judíos, y después a la iglesia anticristiana de la Roma apóstata, cayeron en opiniones y prácticas absolutamente inconsistentes con ellas. También edificaron todos sus intereses presentes y futuros sobre esas opiniones y prácticas. Y sin embargo, ninguno de ellos pudo jamás borrar ni una sola línea, ni aun de aquellos pasajes que más se oponen a sus obstinados errores y apostasías. Para defender sus [invenciones], ambos se ven forzados a pretender tradiciones adicionales. La Mishna, el Talmud y la Cábala⁴⁴ de los judíos, y las tradiciones orales de los católicos romanos, proceden todas de una inicua pretensión de que las Escrituras, aunque verdades divinas y Palabra de Dios, sin embargo, no contienen toda la voluntad de Dios, sino que existen esas otras verdades no escritas transmitidas —según dicen unos, desde Moisés; y según dicen otros, desde San Pedro— de boca en boca.

Así que, puesto que la Biblia ha superado tan maravillosamente todas las dificultades y oposiciones, por tantas generaciones, y en tantos peligros, y contra tantos esfuerzos para arrancarla del mundo, podemos (según esta máxima en filosofía: la causa que crea y preserva una cosa es una y la misma)

⁴³ **Diocleciano (242-311)** – emperador romano desde 284 hasta su abdicación en 305.

⁴⁴ **Mishna** – primera gran recopilación escrita de las tradiciones orales judías conocida como la Torá Oral.

Talmud – texto central del judaísmo rabínico y fuente principal de la ley religiosa judía.

Cábala – posiblemente se refiere a la *Kabbalah*, un método esotérico, disciplina y escuela de pensamiento en la mística judía.

concluir que el Autor de ella es el mismo Dios que la ha preservado por Su providencia especial, y que fielmente ha prometido, y no puede mentir, que el cielo y la tierra pasarán, pero ni una jota ni una tilde de Su Palabra pasará.

10. Triunfo sobre toda oposición

Las Escrituras no solo han sobrevivido, sino que han triunfado sobre todas las oposiciones del diablo y del mundo. El éxito del evangelio, aun en su infancia, su poderoso y maravilloso progreso dondequiera que llegó, a pesar de las muchas y grandes desventajas que encontró, es un argumento fuerte e irresistible de que venía del cielo. La doctrina de la Biblia se opuso directamente a todo el interés corrupto de la naturaleza humana y a la sabiduría y voluntad del hombre (1 Co. 1:21; Ro. 8:7). Fue promovida y publicada solamente por unas pocas personas débiles exteriormente, ignorantes y sencillas: pescadores iletrados, fabricantes de tiendas, etc., sin ninguna fuerza de armas, ni apoyo terrenal. [Fue difundida] contra viento y marea, contra las crueldades de poderes furiosos y la arrogante oposición de la sabiduría humana. Era una doctrina que el mundo entero, judíos y gentiles, unánimemente acordaron en oponerse: aquellos odiándola como tropiezo, y estos teniéndola por necesidad. Que una doctrina tan improbable y desagradable, tan sin amigos, indeseada, despreciada, y tan resistida, por instrumentos semejantes y bajo tales circunstancias, lograra abrirse camino en el mundo y sujetar a tantas naciones a la obediencia de la cruz, e hiciera que aquellos que ayer la perseguían estuvieran mañana dispuestos a entregar sus vidas en defensa y justificación de ella, evidentemente muestra que fue respaldada por la Omnipotencia y no procede de extracción humana.

11. Poder sobre los corazones de los hombres

Pero además de estos trofeos externos y más visibles de las Sagradas Escrituras, ¡cuán maravilloso es su imperio espiritual, eficacia y poder sobre los corazones y conciencias de los hombres! Es esto lo que convierte el alma, ilumina los ojos (Sal. 19:7), descubre el pecado (Ro. 7:7), convence a los que contradicen (2 Ti. 3:16), mata y aterra (2 Co. 3:6), alegra el corazón (Sal. 19:8; 119:103), vivifica (Sal. 119:50), consuela (Ro. 15:4), manifiesta los pensamientos, derriba religiones falsas, derriba fortalezas y subvierte todo el reino de Satanás (2 Co. 10:4). ¡Qué consuelos, en ocasiones, y qué terrores, en otras, proceden del Libro sagrado! ¡Cómo se ven las pobres almas de los hombres poderosamente refrescadas por él! ¡Cómo sus débiles corazones son maravillosamente fortalecidos! ¡Sus espíritus muertos levantados y vueltos a la vida! Los que yacían en tinieblas y en sombra de muerte son iluminados. Muchos que estaban en cadenas y grilletes de

temores y terrores en su alma son librados y puestos en libertad. ¿Es razonable concebir que un árbol que lleva fruto tan maravilloso fuese plantado por otra mano que la de Dios? ¿Quién puede pronunciar palabras que restrinjan y repelan todos los poderes de las tinieblas cuando se precipitan para hacer estrago y desolación en las almas de los hombres? ¿Quién puede dar leyes a los terrores de la muerte, y aun de la muerte eterna, cuando han echado mano sobre las conciencias de los pecadores? ¿No son todas estas maravillas obradas por las Santas Escrituras? ¿Y, por otro lado, no resoplan ellas a menudo truenos y relámpagos, derribando a los poderosos de sus tronos y destruyendo los asientos de los orgullosos y confiados? ¿No convierten la seguridad de muchos en temblor y horror, y hacen que sus conciencias ardan como si el fuego del infierno ya se hubiera prendido en ellas? Estas cosas son evidentes por la experiencia de miles que han sentido y padecido tales poderosos efectos de la Palabra. Más aún, creo firmemente que son pocos los que han leído las Escrituras con atención y seriedad y no pueden dar testimonio, en mayor o menor grado, de lo mismo. ¿Y de dónde vienen operaciones tan poderosas? ¿No ha dotado el Autor todopoderoso a las Escrituras de tal virtud, mediante el Espíritu, por la cual se convierten en poder de Dios para salvación?

12. El testimonio de la iglesia y de los santos mártires

Añádase a todos estos argumentos el testimonio de la iglesia y de sus santos mártires, quienes han sellado esta verdad con su sangre. Por *iglesia* no entendemos al Papa, a quien los católicos romanos llaman la iglesia virtual, ni a sus cardenales y obispos reunidos en concilio general, a quienes llaman la iglesia representativa. Entendemos la totalidad de los creyentes en todas las edades que han profesado la verdadera fe. Los escritores de las Escrituras, hombres buenos, piadosos, honestos y santos, las entregaron como la Palabra del Señor, y desde entonces ha habido miles, y cientos de miles, que han creído y testificado lo mismo de generación en generación en una sucesión continua e ininterrumpida. La iglesia de los judíos, a quienes fueron confiados los oráculos de Dios (Ro. 3:2), profesó la doctrina y recibió los libros del Antiguo Testamento, y dio testimonio de que eran divinos. [Aun] en gran miseria confesaron constantemente lo mismo, cuando con solo negarlo hubieran podido ser partícipes de libertad y gobierno. Y es notable que, aunque los sumos sacerdotes y otros de esa nación persiguieron a los profetas mientras vivían, sin embargo, recibieron sus escritos como proféticos y divinos. También es notable que, desde que el espíritu de ceguera y obstinación cayó sobre Israel, a pesar de su gran odio hacia la religión cristiana, la Santa Escritura del Antiguo Testamento se conserva pura e incorrupta entre ellos, aun en aquellos lugares que confirman

claramente la verdad de la religión cristiana (como Isaías 53:3). Y en cuanto a la iglesia cristiana, ha recibido y reconocido con gran constancia y dulce consentimiento los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. La iglesia universal, que desde el principio hasta estos tiempos ha profesado la religión cristiana como divina, ha profesado también que estos libros son de Dios. Y las diversas iglesias primitivas que primero recibieron los libros del Antiguo Testamento y los evangelios, las epístolas escritas por los apóstoles a ellas, a sus pastores o a algunos que conocían, los recibieron como oráculos de Dios, y luego los transmitieron bajo el mismo título a sus sucesores y a otras iglesias. Y todos los pastores y eruditos que tenían conocimiento en las lenguas y en estas materias han examinado y probado las Escrituras. Todos los cristianos piadosos, que por experiencia han sentido su operación divina en sus propias almas, han afirmado lo mismo. De modo que quien rechaza la Biblia se obliga a no creer en ningún otro libro en absoluto. Ninguno de ellos tiene un testimonio tan grande y universal en comparación. Si da crédito a esos libros y rechaza este, mostrará su llana y obstinada hipocresía. Y en segundo lugar, aquel que acredita al Autor de este libro con el mismo crédito con que acredita a otros autores, a quienes supone hombres de honradez común que no escribirían a sabiendas una falsedad, no puede entonces rehusar recibir este como un libro divino e infalible, en tan buenos términos de credibilidad como cree que cualquier autor humano, en su género, es verdadero. [Cree en los autores humanos] porque ellos mismos nos dicen que así es. [Así, debe creer la Biblia porque sus escritores] afirman que Dios mismo los inspiró para escribirla, y que no fue producto de ellos, sino que cada parte de ella fue el dictado genuino del Espíritu Santo.

Y este argumento se refuerza y fortalece abundantemente con la consideración de aquella gloriosa compañía de mártires, esas innumerables multitudes, que en las llamas y la furia de la persecución han mantenido, a costa de sus vidas, que las Escrituras son la sagrada Palabra de Dios, y las han tenido en tal veneración, que en las edades primitivas los *traditores* (los que entregaban sus Biblias a los paganos para que fueran destruidas) siempre fueron estimados tan malos como apóstatas declarados. Así que, puesto que afirmaron esta verdad con tanta constancia y a costa de tantos riesgos, ¿qué motivo razonable podría haber para sospechar de tal nube de testigos, atribuyéndoles necedad, debilidad, credulidad, maldad o una supuesta conspiración entre ellos mismos, cosa de la cual una multitud tan extensa y diversa era absolutamente incapaz? Ni podemos suponer que la estima popular en la tierra y la vana gloria pudieran ser el fundamento sobre el cual sufrieron, ya que entregaron sus vidas por una religión que condenaba absolutamente tal vanidad y que en todo el mundo en ese tiempo

era odiosa y detestable, y cuya profesión no traía otra cosa que vergüenza y desprecio exterior.

13. Reconocido por sus enemigos

Si las doctrinas y hechos relatados en las Escrituras son verdaderos, su origen divino será innegable, y no solo afirmado por sus propios amigos, sino que partes significativas de ellas serán reconocidas por sus enemigos. Esto se demuestra por los siguientes ejemplos: La creación del mundo es insinuada por Ovidio⁴⁵ en sus *Metamorfosis*, Libro 1. Las extraordinarias largas vidas de los patriarcas en los primeros siglos del mundo [son afirmadas] por Manetón el egipcio⁴⁶, Beroso el caldeo⁴⁷ y otros. Estos añaden que se les ordenó vivir tanto tiempo para que pudieran estudiar ciencias e inventar artes, especialmente para que observaran los movimientos celestes y enriquecieran al mundo con el conocimiento de la astronomía. Dicen que estos patriarcas habrían hecho poco bien si hubiesen vivido menos de seiscientos años, porque el gran año, como ellos lo llaman, tarda tanto en completarse y llegar a su fin. El Diluvio es mencionado por el mismo Beroso, cuyas palabras son citadas por Josefo (*Antigüedades*, Libro 1, capítulo 4). De Noé, bajo la figura del Jano⁴⁸ de dos caras, porque vivió en ambos mundos, leemos en Beroso y Heródoto⁴⁹; y del arca navegando sobre América, y del envío de aves que no hallaban tierra seca, en *Polihistor*⁵⁰ y otros. De la destrucción de Sodoma, o del lago asfáltico, tenemos un informe en Plinio⁵¹, Libro 5, capítulo 16, y en Justino⁵², Libro 36. Que hubo tal hombre como Moisés y un pueblo como los israelitas; que este Moisés fue su caudillo y los sacó de Egipto, escribió su historia y les dio leyes, es testificado por los más antiguos registros de los Egipcios, Fenicios, Caldeos y Griegos. Y Manetón habla muy particularmente tanto de su venida a Egipto como de su salida de allí. De la circuncisión: Heródoto, Estrabón⁵³, Diodoro Sículo⁵⁴ y Tácito⁵⁵, Libro 2.

⁴⁵ **Ovidio (43-18 a. C.)** – poeta romano que vivió durante el reinado de Augusto.

⁴⁶ **Manetón** – sacerdote egipcio de Sebennytos, que vivió en el Reino Ptolemaico a comienzos del siglo III a. C.

⁴⁷ **Beroso** – escritor babilonio de la era helenística, sacerdote de Bel-Marduk y astrónomo.

⁴⁸ **Jano** – dios romano de los comienzos, usualmente representado con dos rostros.

⁴⁹ **Heródoto (c. 484-c. 425 a. C.)** – historiador y geógrafo griego.

⁵⁰ **Polihistor** – posiblemente se refiere a un libro de Julio C. Solino (siglo III).

⁵¹ **Plinio (23-79 d. C.)** – autor, naturalista y filósofo natural romano.

⁵² **Justino (c. siglo II)** – escritor e historiador latino que vivió bajo el Imperio romano.

⁵³ **Estrabón (64 a. C.-c. 24 d. C.)** – geógrafo, filósofo e historiador griego.

⁵⁴ **Diodoro Sículo (fl. siglo I a. C.)** – historiador griego antiguo.

⁵⁵ **Tácito (c. 56-c. 120 d. C.)** – historiador y político romano.

De la llegada de los israelitas a Canaán, Procopio⁵⁶, Libro 4. De Salomón, leemos en Dionisio Casio⁵⁷; de la matanza de Senaquerib, en Heródoto, Libro 2. El gran historiador romano Tácito habla en sus Anales de los cristianos perseguidos por Nerón, con el pretexto de haber incendiado Roma, lo cual él mismo hizo. Dice expresamente que el Autor de aquel nombre o secta fue Cristo, quien, cuando Tiberio era emperador, fue condenado a muerte por Poncio Pilato, entonces procurador de Judea. La estrella que apareció en el nacimiento de nuestro Salvador es notada por Plinio, Libro 2, capítulo 5. Pero más particularmente por Calcidius⁵⁸, un filósofo pagano, en su comentario al *Timeo* de Platón. Sus palabras, según las cita el cardenal Baronio⁵⁹, aquel erudito analista, son estas: “Hay otra historia más venerable y santa, que nos habla del surgimiento de cierta estrella inusual, no amenazando enfermedades y muerte, sino el descenso del venerable Dios para conversar con los hombres y con los asuntos mortales. Cuando ciertos sabios de Caldea vieron esta estrella en su viaje nocturno, estando suficientemente versados en astronomía y en la consideración de las cosas celestes, se dice que buscaron este nuevo nacimiento de Dios. Habiendo hallado la majestad de este Niño, lo adoraron y ofrecieron dones apropiados a tan gran Dios”. La matanza de los niños por Herodes es notoria por aquel chiste que a este respecto hizo el emperador Augusto, registrado por Macrobio⁶⁰. Oyó que, entre aquellos niños menores de dos años que Herodes, rey de los judíos, había mandado matar en Siria, también había sido muerto el propio hijo de Herodes. Dijo: “Más vale ser el cerdo de Herodes que su hijo”. Esto alude a la aversión de los judíos por la carne de cerdo, la cual parece que Herodes, aunque no era de esa nación, sin embargo, pretendiendo ser un tipo de prosélito, también observaba. Respecto a la sobrenatural oscuridad del sol en la crucifixión de nuestro Señor, fue vista con asombro y registrada por Dionisio el Areopagita⁶¹. Y Tertuliano, en su *Apología*, capítulo 21, apela a los registros romanos para su certeza. Y Orígenes afirma que un tal Flegón, secretario del emperador Adriano, escribió acerca de ello en sus crónicas.

⁵⁶ **Procopio (c. 500-565)** – prominente erudito griego de Cesarea Marítima.

⁵⁷ **Dionisio Casio o Casio Longino (c. 213-273 d. C.)** – retórico griego y crítico filosófico.

⁵⁸ **Calcidio (siglo IV)** – filósofo que tradujo y comentó la primera parte del *Timeo* de Platón.

⁵⁹ **Cardenal Baronio (1538-1607)** – cardenal italiano e historiador de la Iglesia católica.

⁶⁰ **Macrobio (fl. c. 400 d. C.)** – provincial romano.

⁶¹ **Dionisio el Areopagita (siglo I)** – juez ateniense del tribunal del Areópago en Atenas.

¡Qué testimonio tan significativo es aquel arrancado por la verdad de la boca de un enemigo, me refiero a Josefo! Era judío de religión, así como de nación, aunque escribió en griego, nacido no más de cinco o seis años después de la pasión de Cristo. En su libro 18, capítulo 4, hablando del reinado de Tiberio, tiene estas palabras: “En aquellos días hubo un tal Jesús, varón sabio, si es lícito llamarlo hombre, pues fue hacedor de grandes milagros, y maestro de los que con gusto reciben la verdad, y tuvo muchos seguidores, tanto judíos como gentiles. Este es aquel Cristo, quien, aunque fue acusado por los principales de nuestra nación, y condenado por Pilato a ser crucificado, sin embargo, no le abandonaron los que primero le habían amado; porque se les apareció al tercer día de nuevo vivo, los santos profetas habiendo predicho estas y muchas otras cosas maravillosas acerca de él. Y hasta este día la secta de los cristianos, llamada así de él, continúa”. Ni es menos claro lo que se dice de Léntulo⁶², en su epístola al emperador Tiberio, citada por Eutropio en sus Anales de los Senadores Romanos, y que ahora comúnmente se halla en la *Bibliotheca Patrum*⁶³. Así comienza: “Ha aparecido en nuestros días, y aún vive, un hombre de gran virtud o poder, llamado Jesucristo, a quien las naciones llaman el profeta de la verdad, a quien sus discípulos llaman el Hijo de Dios, resucitador de muertos y sanador de toda clase de enfermedades”.

A todo lo cual podríamos añadir las profecías de las Sibilas entre los gentiles, quienes predijeron claramente la venida de Cristo, el Hijo de Dios, al mundo, y expresaron Su mismo nombre y cualidad en ciertos versos acrósticos, citados por el gran Agustín⁶⁴, en el capítulo 23 del libro noveno de *La Ciudad de Dios*.

14. Un sentido general de religión

El que niega que la Biblia sea de autoridad divina debe pensar, o bien que hay alguna revelación de Dios al mundo acerca de cómo debe ser adorado y cómo debe conducirse, o bien que no hay ninguna. Si piensa que no hay ninguna, no solo desmiente la religión cristiana y judía, sino en general toda religión que ha habido o hay en el mundo; pues todas han pretendido y alegado lo mismo como fundamento. Y además, debe confesar que Dios (que hizo al hombre la más noble de las criaturas y señor de todo el mundo) lo

⁶² **Léntulo** – autor de una epístola de origen misterioso que fue publicada por primera vez en Italia en el siglo XV; pretende haber sido escrita por un funcionario romano, contemporáneo de Jesús, y ofrece una descripción física y personal de Jesús.

⁶³ **Bibliotheca Patrum** – colección de las obras de los escritores eclesiásticos primitivos.

⁶⁴ **Agustín (354-430)** – teólogo, filósofo y obispo de Hipona Regia en el norte de África.

ha dejado en peor condición, en el estado presente en que lo hallamos, que a las criaturas más bajas, a las cuales Él ha dado medios suficientes para alcanzar el fin más alto de su ser. Pero concebir que la infinita sabiduría trate así es absurdo e irrazonable. Si concede que hay en alguna parte una revelación de Dios al mundo, que la presente, y júzguese si es de alguna manera capaz de competir con las Escrituras en todos aquellos gloriosos caracteres y señales de autoridad, poder y excelencias divinas que hemos enumerado.

15. No de hombres ni de demonios

Si las Escrituras no son invención de demonios ni de hombres, entonces no pueden proceder de otro sino de Dios. Y no son de demonios; pues ni pudieron obrar milagros⁶⁵, ni dar verdaderas profecías para confirmarlas. Ni sería consistente con la soberanía de Dios sobre ellos, ni con Su bondad, sabiduría o fidelidad en gobernar el mundo. Ni hablaría Satanás tanto a favor de Dios, ni trazaría tal designio para la salvación del hombre y contra su propio reino, ni sería tan diligente en inducir al mundo a la incredulidad de ello.

Tampoco son las Escrituras invención de hombres, pues los hombres deben ser o buenos o malos. [Los autores] no pudieron ser hombres buenos [si las Escrituras no son verdaderamente de Dios], porque nada podría ser más opuesto a la bondad, sí, ni siquiera a la honradez común, que reclamar falsamente el nombre de Dios, fingir milagros y engañar al pueblo con promesas de otro mundo. Y por otro lado, es igualmente imposible que hombres malos pudieran ser inventores de un libro tan santo. ¿Puede pensar algún hombre racional que engañadores impíos enaltecerían tanto la gloria de Dios? ¿O que se humillarían tanto a sí mismos y marcarían sus propias prácticas como malas? ¿Podría un espíritu tan admirable e innegable de santidad, justicia y abnegación, que corre por cada vena de la Escritura, proceder de la invención de los impíos? ¿Habrían exaltado alguna vez a sus enemigos, los piadosos, y trazado leyes espirituales tan perfectas? ¿O establecido un plan tal para luchar contra la carne y contra toda su felicidad mundana, como en todas partes lleva adelante la Escritura? Si no se recogen uvas de los espinos ni higos de los abrojos, entonces podemos estar seguros de que ningún hombre malo tuvo parte en escribir y promover este buen y santo libro.

⁶⁵ La Escritura revela que Satanás y sus demonios pueden obrar señales y prodigios milagrosos (Éxo. 7:11, 22; 2 Tes. 2:9), de modo que parece más apropiado afirmar que Satanás no puede hacer milagros como los que leemos de Cristo y Sus siervos en confirmación de la Palabra de Dios. —*Editor*

16. La furia de Satanás contra ella

La composición divina de este bendito libro se manifiesta, en gran manera, por la constante furia de Satanás contra él; lo cual se evidencia en cómo incita a sus instrumentos a intentar suprimirlo por completo ¿Qué libro en el mundo ha encontrado jamás tal oposición, como ya dijimos? También en aquellas tentaciones con que asalta los corazones de los hombres, cuando se aplican a estudiarlo seriamente. Podemos leer cualquier otra historia y fácilmente considerarla creíble; pero tan pronto como llegamos a la Biblia, surgen extrañas objeciones, dudas y curiosidades, y de inmediato nos inclinamos a cuestionar la verdad y posibilidad de cada pasaje. Estas son las sugerencias de Satanás, para hacer que ese libro santo sea ineficaz para nosotros, sabiendo que su blanco e intención es derribar su reino de tinieblas.

17. Objeciones respondidas

Algunas de las objeciones más frecuentes contra la Biblia son las siguientes:

Objeción 1. ¿Cómo podían saber los hombres, en las edades cuando se escribieron las diversas partes de la Biblia, que eran escritas por un Espíritu infalible, y así distinguir las de otros escritos?

Respuesta. De dos maneras. Primero, por la cualidad de las personas; y segundo, por la naturaleza y calidad del asunto. En cuanto a Moisés, no podía haber la menor causa de dudar que fuese inspirado por Dios, ya que obró tales milagros y tuvo un trato visible y audible con el Señor, como leemos que el Señor le dijo: «He aquí, yo vengo a ti en una nube espesa, para que el pueblo oiga mientras yo hablo contigo, y también te crean para siempre» (Éx. 19:9). Las demás partes del Antiguo Testamento fueron escritas por profetas y hombres santos. Y aunque varios de ellos no fueron recibidos ni escuchados como tales por los gobernantes corruptos de los judíos en sus tiempos; sin embargo, fueron reconocidos después, por la santidad de sus vidas, así como por el cumplimiento de las cosas que mencionaban. Los juicios que predijeron se cumplieron, y el mensaje que entregaron era conforme al culto establecido de Dios. Dios mismo había provisto dos maneras para discernir todo intento de falsa revelación. Primero, si algún tal pretendiente intentaba inducir al pueblo a la idolatría, debía ser rechazado: «El profeta que hablare en nombre de dioses ajenos morirá» (cf. Dt. 18:20). Segundo, si lo anunciado no se cumplía: «Si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumriere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta» (Dt. 18:22). Dios tuvo a bien dirigir una decisión final acerca de lo que debía recibirse como Antiguo Testamento después del cautiverio

abilónico, en los días de Esdras. Varios de los últimos profetas estuvieron personalmente presentes en aquella famosa sinagoga⁶⁶, donde, por dirección divina, fueron reunidas todas las partes del Antiguo Testamento. Se hizo separación entre las obras de verdaderos y falsos profetas. Los escritos que procedían por inspiración divina fueron apartados de los que eran de origen humano. Aquellos que debían ser regla perpetua para la iglesia fueron distinguidos de los que no, refiriéndose solo a casos particulares. Y en este arreglo la iglesia judía se dio por satisfecha, y desde ese tiempo hasta ahora no ha tenido más disputas. Recibieron aquellos mismos libros y no otros. Los llamados Apócrifos, que los católicos romanos quieren imponernos, nunca fueron recibidos como canónicos⁶⁷ por los judíos.

En cuanto a los libros del Nuevo Testamento, todos fueron escritos ya sea por apóstoles o por hombres apostólicos, reconocidos por haber sido llamados a ese oficio, y por el don de lenguas y poder de obrar milagros, para ser guiados por el Espíritu Santo.

La escritura del Antiguo Testamento terminó con los profetas, pues, desde Malaquías hasta el tiempo de Juan el Bautista, que fue casi cuatrocientos años, no se levantó profeta en Israel. El Nuevo Testamento igualmente comienza con el cumplimiento de la profecía de Malaquías, por el nacimiento de dicho Juan, predicho bajo la figura de Elías, y termina con los apóstoles. Juan, que escribió el Apocalipsis, sobrevivió a todos los demás apóstoles hasta el tiempo de Trajano, en el año 99 de nuestro Señor, y casi treinta años después de la destrucción de Jerusalén, y cierra el canon del Nuevo Testamento con una denuncia de maldición a cualquiera que añadiera algo a él (Ap. 22:18).

Objeción 2. Pero ¿cómo estamos seguros de que hoy día tenemos todos los libros que en los tiempos antiguos fueron considerados canónicos? Parece que no los tenemos todos. Se hace mención de los tres mil proverbios de Salomón y de sus mil cinco cantares (1 Ry. 4:32); de Natán el profeta y de Gad el vidente (1 Cr. 29:29); de la profecía de Ahías silonita; y de las visiones de Iddo el vidente (2 Cr. 9). Y en el Nuevo Testamento oímos hablar de la epístola a los laodicenses (Col. 4:16). Ahora bien, ¿dónde están hoy algunos de estos?

Respuesta. Aquellos libros mencionados en el Antiguo Testamento fueron o libros de carácter común, y no inspirados divinamente, o bien

⁶⁶ **famosa sinagoga** – la “Gran Sinagoga”; la tradición judía relata que un grupo de líderes se unió a Esdras después del regreso de Babilonia para restaurar el culto y el orden en la vida judía. Esta Gran Sinagoga puede reflejarse en Nehemías 9 y 10. Profetas como Hageo, Zacarías y Malaquías pudieron haber estado presentes.

⁶⁷ **canónico** – reconocido por el pueblo de Dios como Escritura inspirada.

subsisten aún bajo otro nombre. En lo que sabemos, los libros llamados “Samuel” pudieron haber sido escritos en parte por él mismo mientras vivió, y en parte por Gad y Natán después de su muerte. Y en cuanto a los demás escritos de Natán, Ahías e Iddo, muy probablemente sean los mismos que llamamos Libros de los Reyes. Y en cuanto a esa epístola a los laodicenses, el original dice *ek Laodikeias*, “desde” y no “a”, como lo traducen algunos. Y es probable que fuese alguna carta escrita desde los Laodicenses a Pablo, en la cual hubiese algo que concernía a los Colosenses, y por eso el apóstol les aconsejó leerla.

Objeción 3. Pero los católicos romanos dicen que las mismas fuentes, los originales hebreo y griego, están corrompidos, depravados y alterados; y si es así, ¿cómo podemos estar seguros de nada?

Respuesta. Es verdad que ellos lo dicen, pero falsamente y de manera inicua, solo para deshonorar la Palabra de Dios, y abrir camino a sus propias tradiciones y a la autoridad de su iglesia. Con esta insinuación blasfeman de la providencia de Dios y además ponen un escándalo insoportable sobre la iglesia. Pues si las Escrituras le fueron confiadas a su custodia, y ella permitió que alguna parte de ellas se perdiera o corrompiera, ¿no habría abusado gravemente de su encargo? Pero no son capaces de dar un solo ejemplo de donde haya sucedido tal corrupción. En cuanto al Antiguo Testamento, es bien sabido cuán estrictamente cuidadosos fueron y son los judíos en preservarlo hasta hoy. Llegaron hasta contar cuántas veces se usaba cada letra del alfabeto en cada libro del Antiguo Testamento. Y Filón el judío, un autor antiguo, erudito y aprobado de esa nación, afirma que, desde la entrega de la ley hasta su tiempo, que fueron más de dos mil años, no se había cambiado ni variado ni una sola palabra; sí, que no había ningún judío que no prefiriera morir mil veces antes que permitir que su ley fuese cambiada en lo más mínimo. Y Arias Montano⁶⁸, persona sumamente versada en el hebreo, en su prefacio a la Biblia interlineal, nos asegura que, así como en esas Biblias hebreas que carecen de vocales hallamos un constante acuerdo de todos los manuscritos e impresos, y una misma escritura en cada uno, así también en todos aquellos que tienen puntos añadidos no se ha observado la menor variación o diferencia de puntuación: ni puede afirmarse que alguien haya visto en alguna parte ejemplares distintos del texto hebreo. Y en verdad, si los judíos hubieran corrompido alguna parte de él, sin duda lo habrían hecho en aquellos pasajes que se refieren claramente a nuestro Salvador; y si lo hubieran hecho los cristianos, los judíos habrían descubierto pronto la falsificación. Pero ninguna de estas cosas ha sucedido; por lo tanto, decir que de algún modo está corrompido

⁶⁸ Benito Arias Montano (1527-1598) – orientalista y polímata español.

es falso. En cuanto al Nuevo Testamento, es cierto que se han observado en manuscritos antiguos algunas variantes de lectura, pero no tales como para causar disputa alguna sobre el resumen o sustancia de la doctrina, ni que alteren significativamente el sentido del texto.

Objeción 4. Pero supongamos que los originales sean puros, ¿cómo podrán estar seguros los indoctos, que son la mayor parte de la humanidad, de que las traducciones que tienen, y de las que solamente pueden hacer uso, están bien y honestamente hechas y contienen la Palabra de Dios?

Respuesta. La Palabra de Dios es la doctrina y revelación de la voluntad de Dios, el sentido y significado, no meramente o estrictamente las palabras, letras y sílabas. Esto está contenido exacta y puramente en los originales, y en todas las traducciones en cuanto concuerdan con ellos. Ahora bien, algunas traducciones pueden ser más adecuadas, o expresar mejor el sentido de los originales. Pero en general las traducciones —aun las más imperfectas que conocemos— expresan tanto de la mente, voluntad y consejo de Dios como es suficiente, con la bendición de Dios sobre una lectura consciente de ellas, para dar a conocer a un hombre los misterios de la salvación, obrar en él una fe verdadera, y llevarlo a vivir piadosa, justa y sobria-mente en este mundo presente, y a la salvación en el venidero. Los traductores generalmente, así como fueron hombres de erudición, así también lo fueron de honestidad, y en su mayoría hombres piadosos. Por lo tanto, no hubieran querido, por su propia honra, y mucho más por causa de la conciencia, engañar al mundo con versiones falsas deliberadas, para inducir a las almas al error en un asunto de tanta importancia. O si algunos hubieran sido tan perversos, otros, igualmente eruditos y de mejores principios, habrían descubierto pronto el engaño. Ahora, si consideramos cuántos hombres de diferentes persuasiones han traducido la Biblia y concuerdan unánimemente en todas las cosas significativas, ¿es posible imaginar que todos se habrían confabulado, tan neciamente como malvadamente, para engañar a la humanidad? Cualquiera que haya dedicado siquiera unos pocos años al estudio de las lenguas lo habría detectado inmediatamente.

Objeción 5. ¿Cómo podemos pensar que toda la Biblia sea de inspiración divina, cuando algunas de sus partes se contradicen entre sí? El Espíritu divino no puede ser contrario a sí mismo. ¿Y hay acaso algo más opuesto que los dos evangelistas al enumerar la genealogía de nuestro Salvador? San Mateo dice: «Jacob engendró a José, marido de María» (Mt. 1:16); y San Lucas dice: «José... hijo de Elí» (Lc. 3:23).

Respuesta. Las contradicciones en la Escritura no son realmente más que *aparentes* contradicciones. En realidad, son un argumento de que en la redacción de este libro no hubo designio corrupto ni conspiración para

comprometer las opiniones de los hombres. Con estudio cuidadoso, aparecerá en ellas un acuerdo profundo e inesperado, una tendencia unánime hacia el gran fin de todo el conjunto. Es nuestra falta de reflexión, o nuestra superficial comprensión, lo que nos hace pensar que la Escritura está en desacuerdo consigo misma. En los dos textos citados, un padre natural es una cosa, y un padre legal otra. Debe saberse que José y María eran ambos de la misma ascendencia y [misma] familia extendida. Él descendía de David por Salomón, ella por Natán. En la posteridad de Zorobabel se dividieron en dos familias distintas: una fue la línea real, de la cual era José, que es la que sigue Mateo. Lucas sigue la otra familia, de la cual descendía María, a quien José desposa, y por ese medio se le llama hijo de su padre Elí. Así que no hay aquí contradicción alguna, sino, por el contrario, un excelente descubrimiento de la línea de nuestro Salvador trazada por ambos lados, por lo cual aparece que, siendo el Hijo reputado de José, tenía derecho a ser Rey de los judíos. Y siendo nacido de María, también por su parte descendía de David, como fue prometido del Mesías. Y para reconciliar todas esas aparentes contradicciones, véase el libro del señor Streat, titulado *The Dividing of the Hoof*, obra muy útil y digna de leerse.

Solo me resta añadir un argumento más de un autor muy erudito, y luego concluiré con el testimonio del reverendo y docto señor Juan Calvino.

18. El testimonio interno del Espíritu

Y ahora no estará de más añadir una cosa más, que no podía dejar pasar. Los argumentos y motivos externos demuestran poderosamente la autoridad divina de la santa Escritura, pero es absolutamente necesario, para la estabilidad y seguridad de nuestra fe en orden a la vida eterna, tener el *testimonio interno* y la *eficaz operación* del Espíritu Santo en nuestros corazones.

Si Él obrase en y sobre nuestros corazones solo mediante la comunicación común de la luz espiritual en nuestras mentes, capacitándonos para discernir las evidencias que hay en la Escritura de su propio origen divino, a menudo estaríamos sacudidos en nuestro asentimiento y movidos de nuestra estabilidad. Gran oscuridad y ceguera permanecen sobre las mentes de los hombres, y todo lo que creen tiene cierta especie de sombra que lo acompaña. Además, Satanás nos tienta de muchas maneras; procura perturbar nuestra paz, debilitar nuestra fe y sembrar dudas. Por tanto, bienaventurados los que experimentan el poderoso establecimiento y la seguridad del Espíritu Santo, quien les da un sentido espiritual del poder y realidad de aquellas cosas creídas, por lo cual

su fe es grandemente confirmada. Esto es lo que nos lleva a «todas las riquezas de pleno entendimiento» (Col. 2:2; 1 Tes. 1:5).

Es por esta experiencia espiritual que nuestra percepción de las cosas espirituales se expresa tan a menudo mediante actos de los sentidos: gustar, ver, palpar. Nuestros sentidos son la mayor evidencia [para nosotros] de las propiedades de las cosas naturales.

Es el Espíritu Santo quien nos auxilia, ayuda y socorre contra las tentaciones que puedan levantarse en nosotros, de modo que no prevalezcan. En verdad, sin esto, nuestro primer y principal asentimiento a la autoridad divina de las Escrituras no nos asegurará. La influencia y asistencia del Espíritu en medio de peligros fortalece tanto al cristiano sincero que le hace permanecer firme como una roca. [Él permanecerá firme aun cuando] quizá no tenga la habilidad para defender la verdad con argumentos contra engañadores sutiles y sofisticados, que siempre intentan suscitar objeciones contra ella. Podrían alegar su oscuridad, imperfección, falta de orden, dificultades y aparentes contradicciones.

Hay también otros actos especiales y graciosos del Espíritu Santo sobre las mentes de los creyentes que forman parte de este testimonio interno por el cual su fe es establecida: Su unción y sello sobre ellos, Su testimonio con ellos, y Su ser arras en ellos. Ahora bien, ninguna obra interna del Espíritu puede ser objeto⁶⁹ de nuestra fe —aquello sobre lo que descansa la fe—; sin embargo, sin ella nunca podremos creer sinceramente como debemos, ni ser afirmados en la fe contra la tentación del diablo y las objeciones de los hombres malvados.

El Dr. John Owen dice:

“Ya se ha declarado que *es la autoridad y veracidad de Dios, revelándose a sí mismo en la Escritura y por medio de ella, lo que constituye la razón formal de nuestra fe, o asentimiento sobrenatural a ella, en cuanto es la Palabra de Dios.*

“Solo resta que indagemos, en segundo lugar, el modo y los medios mediante los cuales se evidencian a nosotros mismos, y por los cuales las Escrituras se manifiestan ser de Dios, de manera que podamos indudable e infaliblemente creerlas como tales. Ahora bien, puesto que la fe, como hemos mostrado, es un *asentimiento basado en testimonio*; y, en consecuencia, la fe divina es un asentimiento basado en testimonio divino; debe haber en este caso algún testimonio o testigo sobre el cual repose la fe: y este, decimos, es el testimonio del Espíritu Santo, el Autor de las

⁶⁹ objeto – “razón formal” en el original.

Escrituras. Y esta obra y testimonio del Espíritu pueden reducirse a dos aspectos...

“Las *impresiones* o *caracteres* que *subjetivamente* han quedado en la Escritura y sobre ella por el Espíritu Santo, su Autor, de todas las excelencias divinas o propiedades de la naturaleza divina, son la *primera evidencia* de ese testimonio del Espíritu sobre el cual descansa nuestra fe; o bien dan la primera evidencia de su origen y autoridad divinos, sobre lo cual creemos en ella. El modo en que aprendemos el eterno poder y deidad de Dios a partir de las obras de la creación no es otro que por aquellas señales, marcas e impresiones de Su poder, sabiduría y bondad divinos que están sobre ellas; pues de la consideración de su subsistencia, grandeza, orden y uso, la razón concluye necesariamente la existencia de un Ser infinito, cuyo poder y sabiduría son los manifiestos efectos de esas cosas. Estas se ven claramente y se entienden por las cosas que son hechas. No necesitamos otros argumentos para probar que Dios hizo el mundo más que el mismo mundo... (Sal. 104)... Ahora bien, hay impresiones mayores y más evidentes de las excelencias divinas dejadas en la Palabra escrita, procedentes de la infinita sabiduría de su Autor, que cualesquiera que se comuniquen a las obras de Dios... De ahí que David, comparando las obras y la Palabra de Dios en cuanto a su eficacia instructiva... prefiera incomprendiblemente la Palabra sobre aquellas (Sal. 19:1-3, 7-9). Y estas evidencian la Palabra como de Dios a nuestra fe de manera aún más clara que aquellas otras evidencian las obras como suyas a nuestra razón... Dios, como Autor inmediato de la Escritura, ha estampado en ella señales e impresiones manifiestas de su sabiduría, presciencia⁷⁰, omnisciencia, poder, bondad, santidad, verdad y de todas sus infinitas excelencias, las cuales son suficientemente reconocidas por las mentes iluminadas de los creyentes”⁷¹.

Este es el fundamento de por qué creemos que las Escrituras son la Palabra de Dios: con una fe sobrenatural de parte de Dios. Y esta evidencia es clara tanto para el común e indocto como para los más sabios filósofos. La verdad es que, si los argumentos racionales y los motivos externos fueran el único fundamento para recibir la Escritura como la Palabra de Dios, los hombres eruditos y filósofos siempre habrían sido los más prontos en admitirla y los más firmes en adherirse a ella. Los argumentos externos prevalecen en las mentes de los hombres en la medida en que son capaces de juzgarlos con precisión y discernir su fuerza. Pero es bastante evidente

⁷⁰ **presciencia** – conocimiento anticipado.

⁷¹ John Owen, *The Reason of Faith in The Works of John Owen*, vol. 4, ed. William Goold (Edimburgo: Johnstone & Hunter, 1850-1853; repr., Edimburgo: Banner of Truth, 1967), 91-92.

que el caso es exactamente lo contrario: «Pues mirad, hermanos, vuestra vocación... que no sois muchos sabios según la carne», etc. (1 Co. 1:26).

En segundo lugar, el Espíritu de Dios da evidencia del origen y autoridad divinos de la Escritura por el poder y la autoridad que pone en ella y por medio de ella sobre las mentes y conciencias de los hombres. El apóstol afirma expresamente que esta es la razón y causa de la fe: «Y de esta manera, los secretos de su corazón se hacen manifiestos» (1 Co. 14:24-25). No fue la fuerza de los argumentos externos. No fue el testimonio de esta o aquella iglesia. No fue el uso de milagros lo que produjo el efecto (vv. 23-24). La única evidencia sobre la cual recibieron la Palabra y la reconocieron como de Dios fue el poder y efecto [que Dios obró] en ellos. «Es convencido de todos... y de esta manera los secretos de su corazón se hacen manifiestos» (1 Co. 14:24-25). No puede negar que Dios está obrando eficazmente en ella o con ella. Del mismo modo, la mujer samaritana fue convencida de la verdad de las palabras de Cristo y creyó en Él, todo porque Él le dijo todas las cosas que había hecho (Jn. 4:29). La Palabra de Dios es, como todas las almas sinceras hallan, viva y eficaz, de modo que «el que cree... tiene el testimonio en sí mismo» (1 Jn. 5:10). «Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera hacer la voluntad de Dios conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (Jn. 7:16-17)⁷².

En una palabra: “Admítase, pues, que todos los que son realmente convertidos a Dios por el poder de la Palabra tienen esa evidencia y testimonio infalible de su origen, autoridad y poder divinos en sus propias almas y conciencias; que en virtud de ello creen en ella con fe divina y sobrenatural, en unión con las demás evidencias antes mencionadas, como partes del mismo testimonio divino, y esto es todo lo que pretendo aquí”⁷³.

Este testimonio, aunque no es común a todos, ni puede convencer a otro, sin embargo, es muy fuerte para aquellos que experimentan su virtud y eficacia. Concluyo este último argumento exhortando a todos [mis lectores] a esforzarse por gustar de sus operaciones divinas, poderosas y transformadoras del alma, y entonces no necesitarán más argumentos para probar que es de Dios.

Concluiremos, pues, este breve discurso sobre este asunto con aquellas excelentes palabras de un erudito en la misma ocasión:

“Considérese, pues, como una verdad innegable, que aquellos que han sido enseñados interiormente por el Espíritu sienten un pleno asentimiento

⁷² Adaptado de Owen, 93.

⁷³ Owen, 95.

en la Escritura, y que ella es auto-autenticada, llevando consigo su propia evidencia, y no debe ser objeto de demostración ni de argumentos de la razón; sino que obtiene entre nosotros el crédito que merece por el testimonio del Espíritu. Porque, aunque concilia nuestra reverencia por su majestad interna, nunca nos afecta seriamente hasta que es confirmada por el Espíritu en nuestros corazones. Por tanto, siendo iluminados por Él, creemos ahora en el origen divino de la Escritura, no por nuestro propio juicio ni por el de otros, sino que estimamos la certeza de haberla recibido de la misma boca de Dios por el ministerio de los hombres, como superior a la de cualquier juicio humano, e igual a la de una percepción intuitiva del mismo Dios en ella. No buscamos argumentos ni probabilidades para sostener nuestro juicio, sino que sometemos nuestros juicios y entendimientos como en una cosa sobre la cual nos es imposible juzgar; y no como algunos que acostumbran a abrazar apresuradamente lo que no entienden, lo cual les desagrade tan pronto como lo examinan, sino porque sentimos la más firme convicción de que poseemos una verdad invencible; ni como aquellos hombres desgraciados que entregan sus mentes cautivas a supersticiones, sino porque percibimos en ella las energías indudables del poder divino, por las cuales somos atraídos e inflamados a una obediencia comprensiva y voluntaria, pero con un vigor y eficacia superiores al poder de cualquier voluntad o conocimiento humanos... Es, pues, tal persuasión que no requiere razones; tal conocimiento que está sostenido por la más alta razón, en el cual, en verdad, la mente descansa con mayor seguridad y constancia que en cualesquiera razones; es, finalmente, un sentimiento que no puede ser producido sino por una revelación del cielo. No hablo de nada más que de lo que todo creyente experimenta en su corazón, salvo que mi lenguaje queda muy corto de una justa explicación del asunto”⁷⁴.



⁷⁴ Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, trad. John Allen (Filadelfia: Presbyterian Board of Publication, 1909), 79-80.